

I

«DAS MIEDO A TODO el mundo», me dijo Delphine ayer por la noche, a guisa de punto y final de un diálogo que corría el peligro de envenenarse. Mi comportamiento la empuja a veces a formular declaraciones de este tipo, auténticas sentencias condenatorias. En el pasado, incluso reciente, han recaído sobre mí expresiones incluso peores, proferidas por aquella a la que llamo «mi pequeña Delphine» aunque mida un metro setenta y ocho. Vivimos juntos desde hace más de treinta años. Delphine es la mujer a la que me imagino a mi lado, inclinada sobre la cabecera de mi cama si algún día he de morir en el hospital, y no en un accidente de avión —y en un accidente de avión estará sin duda también a mi lado—. Ayer noche me recayó un veredicto

menos severo que la muerte, bien es verdad, pero un veredicto que dista mucho de ser una declaración de inocencia: yo, François Weyergraf, que he dirigido cinco películas y publicado diez novelas, doy miedo a todo el mundo.

Una frase de esta naturaleza, la habría anotado en mi agenda en la época en que aún me tomaba la molestia de comprar agendas y de utilizarlas, pero no concierto ya citas ni anoto nada. ¿Para qué anotar esta frase? No es de las que se olviden con facilidad.

Delphine no dijo que yo le daba miedo a ella sino que daba miedo a todo el mundo. ¿De dónde sale este «todo el mundo»? ¿Son acaso nuestras dos hijas, dos mujeres adultas, capaces de ver que su padre está metido en un buen berenjenal? Seguramente. Y sin duda, también, mi madre y mis hermanas. Delphine, sin embargo, ve poco a mi familia, lo mismo que yo, que me siento culpable de no ver lo suficiente a mi madre. Casi a diario me digo a mí mismo que debería ir a visitarla a esa casa en los Alpes de la Alta Provenza en la que vive sola, pero nunca me decido. En la secuencia del cementerio de *Ocho y medio*, cuando el director interpretado por Mastroianni ve a su padre, que se le aparece, constata tristemente que se hablaron en verdad bastante poco: «*Papà, ci siamo parlati così poco!*». Podría muy bien ser que algún día lamente, yo también, no el haber hablado demasiado poco con mi madre, puesto que la llamo por

teléfono casi cada noche, sino el haberla visto poco, sobre todo desde hace algunos años. Mi querida madre octogenaria es más radical que yo. Por teléfono, resumió la situación: «Al final, no te habré visto mucho a lo largo de mi vida».

Fue una frase certera, ¡que dio en el blanco! No sé si ella se dio cuenta, pero como yo permanecía callado, remachó el clavo: «¡Es verdad! Te marchaste muy pronto de casa, tenías, ¿qué tendrías?, diecisiete, dieciocho años —Diecinueve, mamá—. Pues eso, es muy pronto cuando se ve a qué edades los jóvenes están aún en casa de los padres hoy en día». Hasta finales de los años noventa ella venía a París varias veces al año y se alojaba algunos días en mi casa, y otros en la de mi hermana Madeleine. Era ella quien, en cierta manera, venía a verme. Hoy ya no se desplaza casi. Para que venga a París, tendría que ser que necesitara consultar a un especialista, y aun así, pues los encuentra, excelentes, en Marsella. Incluso Marsella, que está a menos de cien kilómetros de su casa, le parece lejos.

Algunos de nuestros amigos han debido asimismo de manifestar su preocupación a Delphine. Me apuesto lo que sea a que ha recibido llamadas telefónicas mientras yo dormía (me despierto, por lo general, a media tarde, a veces incluso cuando ya oscurece): «¿Qué es de François? No tenemos noticias de él. La última vez que lo vimos, no parecía estar demasiado en forma. Nos tiene preocupados». Cuando me hizo saber que yo daba

miedo a todo el mundo, la voz de Delphine se volvió grave, igual que el piano en *La tempestad* de Beethoven o como el fagot en *La tempesta di mare* de Vivaldi, en resumidas cuentas amenazaba tormenta y distaba mucho de ser una tormenta en un vaso de agua. Nuestra vida en común no se parece en nada a un vaso de agua. A veces se asemeja a un huracán. Los vientos opuestos crean turbulencias, le respondí, añadiendo que el cabo de las Tempestades es más conocido por el nombre de Cabo de Buena Esperanza, y que esas relaciones entre esperanza y tempestad se salen más de la norma que el sempiterno conflicto entre el odio y el amor. Aludí a la *tempestas* que, en latín, designaba a la vez el buen y el mal tiempo. Intentaba capear el temporal como podía, pero Delphine estaba en lo cierto. No sólo daba miedo a todo el mundo sino que me daba miedo a mí mismo.

Tendría que haberlo reconocido en lugar de insistir sacando a relucir al tenor que convoca a los vientos en *La tempestad* de Purcell. Recuerdo mal esa *Tempestad*, una música de escena para la obra de Shakespeare. Conozco mejor la obra. Cuando la leo, me veo tal cual Próspero, el anciano mago que, como yo, prefiere su biblioteca a todo lo demás. ¿Cuánto tiempo hace que no he escuchado música de Purcell? Nuestras dos hijas crecieron oyendo a Purcell, entre otros, a la hora del desayuno, cantado por Klaus Nomi o por Alfred Deller. Todos los discos de 33 revoluciones de su infancia siguen en casa, ordenados en estantes,

y de vez en cuando piden volverlos a escuchar. Me dicen: «Oyes menos música que antes». Parece como si, para ellas, fuera una mala señal.

He cobrado dinero por escribir libros de los que sólo he redactado el inicio. He dejado de publicar. Ya no tengo ganas. «¡Dios mío, extraño embarazo el de tener que dar a luz a un libro!»,¹ escribió Molière. En un libro sobre Racine, me enteré de que se le reprochaba haber cobrado sustanciosamente por escribir la historia de Luis XIV, y no haber escrito ni una sola línea. Marqué con una cruz el pasaje. De hecho, Racine trabajaba mucho. Yo también. ¿Por qué arrastrar a Delphine, y por qué se deja arrastrar, hacia esta vida de chalados en que se está convirtiendo la nuestra? Ella lo formuló perfectísimamente el otro día:

—Llevamos una vida de locos, o mejor dicho, somos unos locos que llevan una vida.

Y eso que aún no está al corriente de todo. Le oculto el correo que llega sólo a mi nombre. Desde hace tres meses no me atrevo a salir del apartamento pues temo que, en mi ausencia, se dejen caer por aquí algunos agentes judiciales y sea ella quien les abra la puerta. Le daría un pasmo.

1-. «Mon Dieu! L'étrange embarras qu'un livre à mettre au jour».

Si viviese solo, tendría derecho a ser un improvisor incorregible, lo cual no tengo sin embargo la impresión de ser. ¿Qué clase de padre soy para Zoé y Woglinde? Cuando leo y subrayo las cosas terribles que afirman los psicoanalistas sobre el rol del padre, estoy de acuerdo con ellos si pienso en el mío, incluso cuando llegan a insinuar que el único padre un poco real es el espermatozoide; pero entonces me digo: «¡Ojalá que mis hijas no lean nunca esto!», y escondo esos libros. ¡Querida Zoé, de nombre griego, la vida, *Zoepoietiki*, creadora! Y tú, Woglinde, guardiana del oro... Cuando erais pequeñas, me pedíais a menudo que os contara de dónde venían vuestros nombres.

Vería con mayor frecuencia a mi madre si consiguiera publicar. Los remordimientos no son plato de mi gusto. Me arrepiento de ciertas cosas, lo cual es muy distinto. En todo remordimiento hay un aspecto de «dolor lacerante» que yo no siento. El arrepentimiento es menos malicioso. Uno desautoriza su pasado, pero sin juzgarlo. Los remordimientos impiden ir adelante, y todos los días, cerrando el puño como un jugador de tenis, me digo: «¡Ale, François, *ve pa 'lante* si quieres salir de esta situación!». Un compendio de literatura escrita en hindi, en pali y en sánscrito no me ha esperado para afirmar desde hace siglos que la ley de la vida consiste en salir adelante. Gira la noria. ¿Quién puede frenarla? Delphine no necesitó la ayuda de un brahmán para constatar, sonriendo vagamente, en un momento

de aparente serenidad: «Nuestro porvenir, se mire por donde se mire, se ve bastante flipante».

Pronto cumpliré sesenta años. Delphine también. Si hubiéramos cenado una noche en Viena, en casa de Freud, ¿qué comentario habría hecho en cuanto nos hubiésemos marchado? ¿«Presentan, ambos, notorias tendencias sádicas»? ¿Habría tal vez precisado: «El ser humano no es ajeno a ciertos deseos masoquistas»? En el *Grand Siècle*,² ¿qué habrían pensado de nosotros? Los cortesanos nos habrían visto pasear por los jardines de Versalles: «Ved, ahí, a esa Princesa de cierta edad junto a su esposo, un tanto de otra época». La primera vez que leí esta frase yo era un colegial, y la apliqué a mis padres. Ya no sé de quién es.

Cuando mi padre murió, mi madre tenía la edad que es hoy provisionalmente la mía. Sus numerosas amigas católicas, devotas o beatas, estaban entonces convencidas, al igual que mis hermanas y yo mismo, de que iba a dar a todos la imagen de la viuda según San Pablo. Para mis nietos, Saint Paul³ ya no será más que el nombre de una estación de metro parisina y el de la capital de Minnesota, donde no les deseo que vayan, y donde nació Francis Scott Fitzgerald. El estado de Minnesota tiene

2-. Se conoce con esta expresión el siglo XVII francés, en el que el reino de Francia se convirtió en la mayor potencia europea.

3-. San Pablo.

menos atractivo que la Costa Azul, seguro que Fitzgerald no me habría contradicho, aun cuando la Costa Azul haya dejado de ser, desde hace tiempo, lo que para él fue, un paraíso, y aunque yo me empecine en considerar que la Costa Azul sigue siendo una especie de paraíso cuando contemplo el cabo Canaille⁴ desde la terraza del hotel des Roches Blanches, en Cassis, o cuando me paseo por las murallas de Antibes. El día en que mis nietos descubran los libros de Fitzgerald en mi biblioteca, después de mi muerte, se preguntarán cómo es que pudieron interesarme esas historias demasiado sentimentales, pero volvamos a San Pablo, uno de los escasos seres humanos al que Cristo se tomó la molestia de aparecérselo en persona, al tiempo que lo dejó ciego durante tres días. San Pablo escribió, acerca del matrimonio y aledaños, los consejos más deprimentes que existan. Le confiere a la viuda la libertad de casar con quien ella quiera, con la condición, eso sí, de que sea «en el Señor», añadiendo acto seguido que una viuda será mucho más feliz si no contrae nuevo matrimonio. San Pablo era de esa clase de hombres que tienen ideas sobre cualquier asunto, la largura del cabello o el modo en que hay que comer la carne. Decía a los esclavos: «Obedeced a vuestros amos en la tierra», y quería que las mujeres callaran en las reuniones públicas.

4-. Literalmente, cabo Canalla.

Después de algunos años de viudedad según San Pablo, mi madre se prendó de un hombre un poco más joven que ella.

Primero lo anunció a cada una de sus cinco hijas, y luego a mí, su único hijo varón, quien ya lo sabía por sus hermanas. Claire, mi hermana mayor, siempre había dicho: «Mamá tendría que rehacer su vida». ¿Se la imaginaba vuelta a casar? A mí, las bodas me horrorizan. Afortunadamente para mí, aquel hombre estaba casado, circunstancia ésta que hubiera hecho bufar a San Pablo. Tenía cuatro hijos mayores, todos ellos casados y colocados, y vivía con su mujer, una persona muy enferma a la no era cuestión de poner al corriente. De noche, tenía que inventarse cualquier pretexto para ir a encerrarse a una cabina telefónica desde donde llamaba a mi madre a escondidas. Un día en que ella esperaba una llamada de él que no llegaba, se explayó conmigo: «Entenderás, hijo mío, que no le quiero ningún daño a su mujer, ya bastante sufre con lo que tiene, no le deseo la muerte, pero ello no quita a que le acortaría el sufrimiento».

Él se llamaba Frédéric Trubert. Era el dueño de una fábrica de cartón que dirigía en persona. Inventaba viajes de prospección, que si Corea del Sur, que si Finlandia, para llevarse a mi madre a hotelitos con encanto a orillas del lago de Annecy⁵ o

5-. En el departamento de la Alta Saboya francesa, en la región de Ródano-Alpes, uno de los lagos más limpios y esplendorosos de Europa.

a las afueras de París. ¿Cómo hacía creer a su mujer que estaba en Helsinki telefoneándola desde Saint-Germain-en-Laye?⁶ ¿Cómo se las arreglaba con los números de teléfono de los hoteles? Los móviles no existían en aquellos tiempos. Vi una foto de él antes de estar yo al corriente del papel que desempeñaba en la vida de mi madre: al borde de la piscina de un hotel de lujo, posaba al lado de una muchacha muy hermosa de unos veinticinco años. En el revelado a color, sólo me fijé en aquella chica en traje de baño. ¿Quién era? Mi madre balbució que era la mejor amiga de una de mis sobrinas. Sin hacerme de rogar hubiera yo cortejado a aquella náyade que, cerca del trampolín, aún no sospechaba que su padre iba a convertirse en el amante de mi madre. Acostarse con la hija del amante de la propia madre, ¿qué magnitud supone en la escala de Richter del incesto?

No sólo Frédéric era algunos años más joven que mi madre, sino que creía que ella era más joven que él. A mi madre, aquello le divertía: «No lo voy a desengañar. Jamás ha visto mi documento de identidad. ¡Menos mal que en los hoteles nunca me lo piden! No soy una mentirosa, la culpa no es mía si cree que tengo cinco años menos que él». Todos estábamos totalmente de acuerdo. Mi madre no aparentaba la edad que tenía.

6-. Ciudad de Francia, ubicada al oeste de París, en el departamento de Yvelines, región de Île de France.

«Tan sólo es el segundo hombre que conoce en su vida», decían mis hermanas, quienes, en sus propias vidas, habían conocido a unos cuantos más. Me viene ahora a la mente una de mis sobrinas, que me llamaba por teléfono para que la ayudara a terminar una de sus «disertas». Puso súbitamente fin a nuestra conversación informándome con una voz indiferente, como si me anunciara la compra de un horno microondas: «Mamá acaba de llegar con su nuevo amante, voy a dejarlos solos, he de colgar». Ni tan sólo me dio tiempo a preguntarle dónde estaba su padre.

Mis hermanas aludían a la vida sentimental de su madre con la misma actitud solícita que las bailarinas-estrella emplean para dar consejos a una joven principiante del teatro de la Ópera. El día en que mamá nos presentó a Frédéric Trubert, el asunto, para él, distaba mucho de ser una negociación de pasta de papel en Escandinavia o de enfrentarse a su consejo de administración: había de exponerse al juicio del ceñudo areópago formado por mis hermanas y yo. Nos habíamos llamado por teléfono los días anteriores: «El tipo ha de caernos simpático. No hay más cáscaras». Al igual que todas las familias, somos una familia de alto riesgo. Nunca se sabe por qué lado podemos derrapar. Si no nos hubiéramos criado juntos, sin duda no tendríamos ningún átomo ganchudo. Simple y llanamente, nunca nos hubiéramos conocido a fondo. Pero está esa infancia común que se nos adhiere a la piel, esa experiencia vivida, imborrable que no inefable, que no

ha cesado de hacernos mucho bien o mal, según el momento. Yo todavía me pregunto si el primer amor de mi vida no fue acaso mi hermana mayor, Claire. Se sorprendería más de lo que se imagina si le dijera que alguna vez he pronunciado su nombre en vez del de la mujer con la que estaba gozando. Si no, que le pregunten a Delphine. De todos modos, soy un poco raro con los nombres. Cuando susurro el nombre de la mujer a la que estoy acariciando, ocurre a veces que los nombres de otras mujeres con las que me he acostado se me cruzan por la mente y tengo que hacer un esfuerzo notorio para no murmurar alguno de esos nombres, o varios, en lugar del que se impone. En esos momentos me tranquilizo persuadiéndome de que aquella a la que abrazo contra mi pecho reemplaza, resume o anula a todas las demás, lo cual, como pensamiento, resulta más opresor que no tranquilizador. Dos objetos percibidos tienen siempre algo en común. Es la ley de la similitud. Una sílaba, a veces un simple vocal, bastan para que aparezca un nombre que contiene la misma vocal o la misma sílaba. En el caso de Claire y Delphine me llevó su tiempo recordar que, de niño, le había puesto a Claire el apodo de «Délice». Nos gobiernan a menudo leyes que desconocemos, leyes tan inflexibles como las de la gramática, en la que una palabra depende de otra en la misma frase. Cuando las conjunciones subordinantes rigen el subjuntivo, uno no puede emplear libremente el indicativo. Yo tampoco gozo de la libertad de separar un nombre de otro.

El encuentro con Frédéric Trubert se produjo pues en verano, en pleno mes de agosto, cinco años y medio después de la muerte de mi padre, en la terraza de la casa provenzal en la que hemos pasado tantas y tantas vacaciones y donde Mamá vive ahora sola, una antigua rectoría que mi padre compró por cuatro cuartos al obispo de Digne en 1954 o 55. En aquella época era poco más que una ruina. Se accedía a la casa por caminos de tierra. No había agua corriente. Íbamos a sacar el agua al pozo de un antiguo claustro vecino, del que no quedaba ni una piedra. Mis hermanas y yo compartíamos con las arañas y algunos escorpiones un dormitorio que había conocido tiempos mejores. Para los que conozcan la región, está entre Carniol y Revest-des-Brousses. En esta casa, un día de invierno, el 5 de febrero de 1974, mi padre, que tenía que trabajar toda la noche para terminar un artículo, pidió a mi madre que lo despertara imperativamente antes del mediodía. Ella subió veinte veces a decirle que se levantara, hasta que lo zarandeó y comprendió que había muerto.

Durante el velatorio, mi padre yacía en una cama que mi madre y yo habíamos dispuesto aquella misma mañana con sábanas blancas de lino, bordadas. No sé cómo logramos colocar la bajera, es aun menos fácil con un muerto que con un enfermo. En el momento de colocarlo en el ataúd, creí que mi madre se vendría abajo cuando los dos empleados de pompas fúnebres introdujeron sin

miramientos el cuerpo de su marido en una enorme bolsa de basura gris antes de depositar aquel paquete en la caja.

Habíamos vuelto del cementerio a primera hora de la tarde, un cementerio que se merecería una estrella en la guía Michelin. Hicimos un alto en Forcalquier para comprar alguna cosa en la charcutería de los Hermanos Tagliana, que no quisieron cobrarnos: «Su papá era nuestro amigo». A mi padre le pirraban las aceitunas negras de la casa, adobadas en tomillo. Mis cinco hermanas, muy elegantes con sus trajes de chaqueta negros, habían improvisado un *buffet* frío y ofrecían bebidas a todos los que habían venido, las más de las veces de lejos, para consolarnos. Su padre se habría sentido orgulloso de ellas. ¿Por qué debe la vida detenerse justo antes de nuestro entierro, una de las escasas ocasiones de éxito que tenemos garantizada? A menudo me he imaginado el mío. Le encargo el féretro a una joven dibujante con la que, claro está, habré tenido una breve aventura. Y la ceremonia se celebra en un aeropuerto o en un teatro, a veces en una iglesia barroca en la Alta Baviera. El interés de este tipo de entierro fantasioso, al igual que se dice «fantasía *kirsch*» (en la que no hay *kirsch*⁷), radica en que uno tiene atribuido el papel principal, aunque sea mudo.

7-. Del alemán *Kirsche*, cereza: licor incoloro, de alta graduación, elaborado por destilación del jugo de una especie de cerezas silvestres. Es muy popular en las regiones francesas de Alsacia, Franco Condado y Lorena, así como en Alemania, Austria y Suiza.